

## «LA LITERATURA FEMENINA EN CHILE» (\*)

No sé si me equivoco, pero creo que, antes de elegir el título que acabo de transcribir, el señor J. Toribio Medina hubo de resolver el siguiente problema: ¿existe una literatura chilena?

Problema difícil, porque, como todos los problemas que más apasionan a los hombres, es principalmente verbal y patriótico.

Para resolverlo, saigamos de Chile y de los tiempos en que vivimos. Transportémonos, por ejemplo, a Alejandría de Egipto, a Antioquía y a Constantinopla en la época de San Atanasio y de San Juan Crisóstomo. Florece ahí la literatura: abundan los poetas, los oradores, los filósofos y los sofistas. ¿Diremos que hay una literatura egipcia, antioquena, constantinopolitana?

Este es el problema. Los historiadores de las antiguas literaturas lo han resuelto incluyendo la producción literaria de aquellas ciudades en la literatura griega. ¿Por qué? Porque poetas, filósofos y oradores de Constantinopla, Antioquía y Alejandría, escribían en lengua griega.

---

(\*) Notas bibliográficas y en parte críticas, por J. T. Medina.

Sí, pues, en Chile, la lengua de los literatos es castellana, la analogía (es decir, la lógica) nos obliga a incluir en la literatura castellana toda la producción literaria chilena. No hay, pues, hablando propiamente, literatura chilena.

Pero hay literatura en Chile y parte de ella es femenina, como lo demuestra esta obra.

Los filósofos modernos hablan de «juicios de cantidad» y «juicios de calidad». El señor Medina nos ofrece en su nuevo libro materia abundante para formularios de una y otra índole.

*Cantidad*: desde 1543, fecha de la fundación de Santiago, hasta mediados de 1923, se han publicado en letras de molde 642 obras cuyo conjunto constituye la literatura femenina en Chile. ¡Qué «parvedad»! dirá alguien, aquello no equivale a dos obras por año, puesto que de 1543 a 1923 van transcurridos 380 años.

Pero el pesimista se asombrará mucho más si le decimos que, de esas 642 obras, sólo una pertenece a la época colonial y es la «*Relación de la inundación que hizo el Río Mapocho de la ciudad de Santiago de Chile, en el Monasterio de Carmelitas, Titular de San Rafael, el día 16 de julio de 1783...*» (1).

Después de publicado este poema, reina un silencio de más de medio siglo (2).

Pero al cabo de 54 años de sequía absoluta vemos florecer repentinamente (1837) la poesía en el «Homenaje de gratitud a la memoria del benemérito Ministro don Diego Portales». Chile tiene en doña Mercedes Marín su primera poetisa.

Desde entonces, merced a doña Mercedes y a algunas ému-

(1) Publicóse en Lima en 10 páginas en 4.º a dos columnas. Se reimprimió en Santiago en 1862 y en 1877. De ahí los tres números que ocupa en esta bibliografía.

(2) En 1820 salen impresos en hojas sueltas unos versos intitulados *Despedida de las Chilenas al Ejército Libertador del Perú*. Los trozos que de esas composiciones cita el señor Medina me dejan perplejo. Esas «chilenas» dejan ver bigotes de granadero a través de sus versos....

las de ella, la lira no calla. Al principio largos silencios; de 1837 a 1848, nada; de 1849 a 1855, nada; pero en 1855, 1857 y 1858, la señora Marín del Solar publica sus cortos poemas *La Caridad*, *Canto a la Patria* y *Canto Fúnebre a la memoria del ciudadano José Romero*. Nuevos silencios de 1858 a 1867, de 1868 a 1874, de 1875 a 1880, de 1881 a 1886-1887... La lira se está enmohecendo en esas largas siestas periódicas... Pero, mientras tanto, la semilla germina calladamente. Aún cuatro años de espera y veremos el campo cubrirse de flores...

De 1891 a 1901 aparecen obras de Mercedes Belzú de Dorado, Rosa Araneda, Victoria Sainte-Marie, Sara María García de Arias, Graciela Sotomayor, Nicolasa Montt de Marambio, Laura Bustos y Cristina Otaegui.

Ya está el terreno despejado y, además, sembrado. Pasado el primer susto, el público se acostumbra a ver a señoras y niñas lanzarse a la palestra poética. El nuevo decenio (1901-1911), pero, sobre todo, el de 1911 a 1921 constituyen un crescendo cuyo ritmo y vigor pueden calcularse por los siguientes datos:

1891-1901 .....	13 obras
1901-1911 .....	9 »
1911-1921 .....	22 »

El «momentum» o ímpetu de la producción se apreciará exactamente si advertimos que, en 1822, se publicaron 9 obras poéticas femeninas y que, en lo que va del presente año, tenemos ya 5. Y *last but not least*, téngase muy presente que ese florecimiento ha coincidido con el alza enorme de los precios de todo lo que dice relación con la imprenta. Si el costo de publicación fuese hoy lo que era en 1914, sabe Dios qué aludes de versos femeninos tendríamos cada año... No hay bien que por mal no venga...

Podríamos contentarnos con este cuadro y tendríamos elementos suficientes para demostrar que la producción litera-

ria (cuantitativamente, a lo menos) está progresando en Chile. Pero conviene que no nos contentemos con versos: la prosa es la vida y viceversa...

Tomemos, por ejemplo, la novela. En este ramo de la literatura femenina la señora Rosario Orrego de Uribe desempeña, como la señora Mercedes Marín de Solar, el papel de iniciadora. La primera novela chilena, *Alberto el Jugador*, obra de doña Rosario, se publica en 1861 y es la única durante 17 años. En 1878 doña Pilar Velásquez Miranda, en 1891 doña Clementina de Ochoa y en 1892 la señora Celeste L. de Cruz Coke interrumpen el silencio y desde entonces hasta 1916 es raro el año que no produzca una novela femenina.

Pero desde 1916 hasta 1923 la evolución y el crecimiento se aceleran:

1916 de .....	6 novelas
1917 de .....	5 »
1918 de .....	6 »
1919 de .....	2 »
1920 de .....	2 »
1921 de .....	1 »
1922 de .....	3 »
1923 de .....	1 »

Se me objetará que este cuadro no está en armonía con el anterior; pero contestaré que, en la novela, la crisis económico-tipográfica ha sido más desastrosa que en poesía. Cuesta mucho más imprimir una novela que una «plaquette» de versos, y si nos dedicásemos a contar el número de páginas «efectivas», las novelas, aunque inferiores en número a los libros de versos, los sobrepasarían en volumen y magnitud (3).

(3) Por lo demás consta que la producción novelesca femenina está aumentando año tras año. Compruébase esto por los varios certámenes de novelas y cuentos que se han llevado a cabo en estos últimos años. En el de novelas de «El Mercurio» las obras femeninas fueron muchas.

Antes de salir del campo propiamente literario, conviene agregar que poetisas y novelistas empiezan a cultivar la literatura dramática.

Antes de 1917, sólo figura en las bibliografías un juguete cómico en dos actos. *María Cenicienta*, por doña Amelia Solar de Claro. Hoy ya cuenta el señor Medina 11 autoras entre las cuales merecen especial mención doña Deyanira Urzúa de Calvo y las señoritas Elvira Santa Cruz y Marcelle Auclair.

El periodismo femenino, que podía abrir un vasto campo para la producción literaria, parece concretarse a la sociología o más exactamente a aquella parte de la sociología que se relaciona con la familia y el feminismo. Así lo indican los títulos de esas publicaciones periódicas: *Evolución y Acción Femenina*.

De índole análoga a la del periodismo son las conferencias femeninas que empezaron en 1914 con la disertación de doña Amánda Labarca Hubertson sobre «Actividades femeninas en los Estados Unidos» y terminaron con la conferencia de la señora Martina Barros de Orrego sobre la cuestión Shakespeare-Bacon (4). Sólo tres se han publicado de las muchas que fueron dadas por señoras en sus diversos centros sociales.

\* \* \*

Lo expuesto hasta aquí nos permite medir con alguna exactitud el volumen, si tal puede decirse, de la producción literaria femenina y señalar como en un mapa las áreas en que ella está desarrollándose con preferencia. Podemos además fijar las fechas en que esos desarrollos sucesivos han adquirido la fuerza que hoy manifiestan...

El verdadero estallido de la actividad literaria femenina, tal y como la observamos en 1923, tuvo lugar en los alrededores

(4) Conviene señalar la conferencia de la doctora doña Ernestina Pérez (1920) sobre el alcoholismo.

de 1913. Los «campos de elección» fueron, al principio, la poesía y la novela. Ahora vislúmbrase que el teatro, con su más ruidosa, más directa y más productiva publicidad, atraerá a poetisas y novelistas.

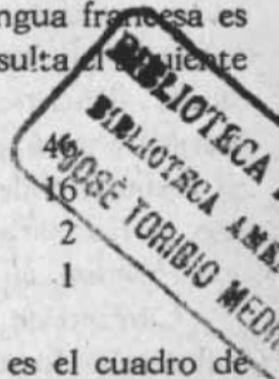
Ha corrido paralela a la producción literaria propiamente dicha la actividad «traductora».

Esta puede dividirse en cuatro secciones: religión, educación, sociología y literatura. Prescindiré de las tres primeras; no porque, a mi juicio, no merezcan atención, sino porque el espacio va haciéndose muy estrecho. La sección de traducciones literarias es más instructiva que aquéllas. Desde luego consta, por la bibliografía del señor Medina, que la lengua francesa es preferida por las traductoras. De mis apuntes resulta el siguiente cuadro:

Obras francesas traducidas.....	16
Obras inglesas traducidas .....	2
Obras italianas traducidas .....	1
Obras alemanas traducidas.....	

Pero más instructivo, más revelador aún es el cuadro de los autores franceses traducidos. Lamartine, Guizot, Dumas hijo y un grupo que apuntaremos más abajo, son los tres únicos de cierta magnitud literaria. En seguida vienen autores de segundo y tercer orden: E. Sonvetre, Jules Mary, R. Montlaur y, por fin, «los ignorados y olvidados»: Enrique Guenot, Raúl de Croy, Gransant, Nanine Sauvestre, cuya vida y milagros están sepultados en los diccionarios de biografía y bibliografía, sin esperanza de resurrección...

La única elección que revele gusto personal es la de cierta obra colectiva que tuvo gran fama en su tiempo, fama merecida aunque hoy muy borrada. Aludo a «La Cruz de Berny», novela cuyos autores fueron Madame de Girardin, Teófilo Gautier, Julio Sandeau y Julio Méry. Tradújola para el diario «La Tarde» y con el seudónimo de Sarah Sarov la señora Rosa Varas H.



Pero basta ya de literatura propiamente dicha: hablemos ahora de literatura en sentido lato, es decir, de pedagogía, jurisprudencia, medicina, dentística y farmacia.

Por un «gráfico» hecho sobre los datos del presente libro, verá el lector que, de estos ramos técnicos, los dos más lozanos son el pedagógico y el farmacéutico. Si no yerro en mis cálculos, la pedagogía ha dado origen a 72 publicaciones y la farmacia a 196. La científica se acerca a la primera: solas la poesía, las novelas y las traducciones la sobrepujan.

Al contemplar mi gráfico (5), no resisto a la tentación de declarar que celebro y aplaudo los siguientes hechos comprobados por la estadística: 1. Superioridad «numérica» de la farmacia sobre todo lo demás; 2. De la pedagogía, sobre la medicina, dentística y jurisprudencia, por una parte, y sobre la literatura pura, por la otra. Al fin y a la postre, ello prueba que en la mujer chilena, el buen sentido y el instinto femenino guardan la necesaria primacía.

*Primum vivere*, decían los antiguos...

Carezco de derecho para hablar en nombre de las mujeres chilenas. Si lo tuviere, diría que el señor J. Toribio Medina les ha levantado un monumento literario digno de ellas y que merece no sólo su gratitud, sino también su admiración. Atrévome a agregar que ninguna de ellas, por minuciosa y aplicada que sea, era capaz de buscar, hallar y combinar los innumerables datos de esta bibliografía. Obra de paciencia, de criterio y de amor. De ella brota con luz radiante una prueba indiscutible del progreso chileno y, especialmente, del progreso femenino en este país. En menos de un siglo, de doña Mercedes Marín de Solar, iniciadora en poesía, de doña Rosario Orrego de Uribe, iniciadora de la novela, hasta hoy —hasta Gabriela Mistral—, el árbol

---

(5) Este gráfico ha sido improvisado. Los especialistas se servirán disculpar sus imperfecciones. Así como está da una idea de la importancia relativa de la producción literaria femenina

---

literario crece, extiende sus ramas y florece con una lozanía y un esplendor que muchos países americanos envidiarán. Del señor José Toribio Medina es la gloria de haber puesto esta verdad en plena y definitiva evidencia.

Agregaré, a fuer de bibliógrafo profesional, que este libro es un modelo del género, no sólo por la exactitud, minuciosidad y riqueza de datos, sino también por la perfección del índice alfabético de nombres con que termina. Este índice será agradecido por todos los hombres estudiosos.

6 de agosto de 1923.

## «ALSINO» (\*)

Criticar es, ante todo, clasificar: tarea más difícil de lo que a primera vista parece. Porque, en los tiempos en que vivimos, más de un libro se nos presenta disfrazado con piel engañosa. Uno se nos da por «poesía», y si le miramos de cerca, vemos que

---

(\*) Por Pedro Prado.

de poesía sólo tiene el aspecto tipográfico; prosa es, y tanto más detestable cuanto más hipócrita. Otro se nos vende por novela, y luego descubrimos que es una tesis de sociología o de teología, cuando no de teosofía. . . .

En estos casos, muy frecuentes, por desgracia, el crítico se halla en amargos apuros. Si se deja guiar por los clasificación del librero o del autor, faltará a su deber de descubrir la verdad y decirla y, más que todo, demostrará su incompetencia profesional, puesto que errará en lo más fundamental, que es la clasificación. ¿Puede, en efecto, apreciarse debidamente una obra, si, primero, se ignora a qué género pertenece? Cada género obedece a reglas conocidas. ¿Cómo se aplicarán éstas, si, antes de emitir un juicio, el crítico no determina el género propio de la obra que acaba de estudiar?

Esta introducción no tiene por objeto directo ni indirecto insinuar que la nueva obra del señor Prado sea inclasificable.

No; porque su determinación genérica es fácil: *Alsino* puede llamarse novela puesto que posee una de las cualidades esenciales y características de la novela: es una «historia» o si se prefiere, una fábula creada por su autor.

Pero, ¿en qué subdivisión del género novela hemos de darle cabida?

Antes de contestar, analicemos brevemente a *Alsino*, y, luego, del rápido relato fluirá por sí sola la respuesta.

*Alsino* es un muchacho de la costa de Llico, en cuya cabeza brota espontáneamente el deseo de volar. ¿Quién sembró ahí aquel deseo?

Un médico no gastaría mucho tiempo en buscar la clave de semejante misterio. Diría: si ese deseo de volar no pasa a mayores, es decir, si el niño, después de soñar que vuela, no intenta realizar su ensueño, aquello carece de importancia. ¿Quién, no digo en la niñez, sino en la misma edad viril, no ha soñado tales hazañas y más ahora, después de presenciar acrobacias de aviadores? Pero si no sólo sueña, sino que también intenta volar,

ello constituye un síntoma de enfermedad mental. Y los gérmenes de ésta han de buscarse primeramente en los progenitores.

En el caso de Alsino, la raíz del mal no es difícil de descubrir. El padre y la madre del aspirante a volador, son ambos alcohólicos.

El pobre Alsino trata dos veces de realizar su ensueño: una, desde lo alto de un árbol; la otra desde la orilla de un barranco. La primera intentona, admirablemente descrita por P. Prado, para en un susto mayúsculo, no más, merced a una rama que, providencialmente, impide al nuevo Icaro dar con su humanidad en el suelo. Más trágica resulta la segunda: Alsino llega al fondo del barranco hecho un San Lázaro. Queda con vida, pero con una aparente desviación de la espina dorsal.

Hele ahí curcuncho para el resto de sus días. Pero, mientras su abuela, que es una famosa «meica», cura las heridas del pobre muchacho, éste siente en todo su ser el ímpetu de volar.

Por primera providencia, Alsino, cansado de remedios, emprende el vuelo, quiero decir, huye de su casa con su joroba a cuestas.

La joroba engorda y se hace cada día más visible. Parece que en ella hay algo misterioso. Crece, crece y parece empujar hacia adelante a su portador, el cual anda, anda, anda como el judío errante

Después de curiosas andanzas y aventuras, que no puedo compendiar aquí y cuyo escenario situado en el paisaje costino y cordillerano brinda a P. Prado magníficos temas para cuadros dignos de su pincel, Alsino tropieza con unos malvados muchachos que, por odio a su joroba (*cet âge est sans pitié*, decía La Fontaine), dan en apedrearlo y luego en desnudarlo. Pero sucede entonces algo maravilloso. Una vez libre de la prisión del poncho, la joroba estalla: dos alas, encerradas en ella se despliegan y, ante los muchachos mudos de espanto, Alsino echa a volar.

Ya pueden calcularse las aventuras que nacen de esta milagrosa transformación. El curioso lector las buscará en el libro de

P. Prado y admirará, más de una vez, el poder descriptivo del novelista. Nadie mejor que un aviador puede apreciar las «posibilidades» del muchacho volador en un terreno como el de Llico y sus vecindades...

Pero, no todo le sale a pedir de boca al alígero Alsino, obligado a vivir de raterías nocturnas. En una de éstas cae preso, y lo primero, el sargento de policía que preside su captura, le corta las alas.

La prisión del volador en casa de un subdelegado, campesino, padre de una gentil niña, da materia para un episodio amoroso cuya verosimilitud será sin duda muy discutida. Muere la hermosa niña y, después de otras aventuras, Alsino, siempre pronto a enamorarse, cae víctima de los celos de una campesina, la cual, obedeciendo a los consejos de una meica, le propina en los ojos un líquido capaz, según ella, de convertirlo en el más fiel de los amantes. Pero resulta que el líquido es ácido sulfúrico...

El pobre Alsino, ya ciego, pero siempre «volage», muere en una última «volación»... (excusado es decir que sus alas habían crecido durante su cautiverio).

He ahí, en resumen, los hechos, o mejor, el esqueleto de esta novela. Tan descarnado está, que por cierto, no alcanzará a dar una idea exacta de la obra. Pero, aún así, basta para mi intento.

Del anterior relato dedúcese, en efecto, que esta historia maravillosa puede y aun debe clasificarse cuento de hadas, mas no, en manera alguna, novela propiamente dicha.

Lo que hace difícil clasificarla, no es el elemento mítico, es decir, la fábula del hombre con alas, sino la continua mezcla de mito y de realidad. Ésto fue admisible en épocas como la de Apuleyo en que la facultad imaginativa guardaba aún algo de la candidez y credulidad infantil del hombre primitivo. Hoy, en pleno siglo de la aviación, es pedirnos demasiado... sobre todo cuando no se trata de un breve cuento, sino de un largo relato.

En Alsino, sin duda, ha querido el señor Prado llevar acabo una modernización del mito de Icaro, símbolo del hombre ansioso de libertarse de la pesada materia que le amarra a la tierra. Pero hoy, vuelvo a repetirlo, ese maravilloso mito se personifica, no en un hombre con alas de águila, sino en un aviador montado en un Bleriot o un Handley-Page...

6 de diciembre de 1920.

### «UN JUEZ RURAL» (\*)

A primera vista la existencia de Esteban Solaguren parece envidiable. ¿Qué le falta para ser feliz? Ni lo necesario ni, cosa mucho más esencial, lo superfluo... Solaguren es rico, vive extramuros en una quinta con visos de hacienda. Es padre de una numerosa familia, ama a su mujer e hijos. Estos y aquélla lo adoran y sin embargo no es feliz... ¿Por qué?

¿Será víctima de su propia riqueza, es decir, de la ociosidad que ésta engendra? No. Solaguren trabaja, es hacendado y además arquitecto y pintor. La arquitectura es su profesión y la pintura su distracción. Cuando la primera le deja ocios, la segunda los aprovecha y vemos a Solaguren, en compañía de su amigo el pintor Mozarena, recorriendo los contornos del cerro de Navia en busca de paisajes y también de frutillares. No es ocioso ni aun en horas de ocio.

Su casa y familia, su profesión, el arte, la amistad no le bastan. ¿Qué le falta para ser feliz?

Fáltale ser juez rural. Solaguren ha leído mucho. Durante años el libro de Jenofonte sobre Sócrates ha sido el compañero de sus insomnios. Del filósofo griego ha aprendido a ironizar, pero su ironía es demasiado triste para ser auténticamente socrática.

(\*) Por Pedro Prado

atender a las finalidades de cada individuo. Debemos ver si ha cumplido o no en la vida con el objeto para el cual estaba destinado, y, ¿qué cosa es un militar? Un militar es un sujeto que crían y engordan los gobiernos solamente con dos fines: para que mate a otros soldados o para ser muerto por ellos. El comandante ha caído combatiendo con otro de su misma especie: ha cumplido ampliamente su misión; por lo tanto, merece premio y no castigo».

¡He ahí un fallo que Salomón, juez de alzada en la otra vida —según don Jenaro Prieto—, habrá respetado!...

Pero detengámonos aquí y dejemos que el lector descubra por sí mismo los personajes que la inagotable fantasía de don Jenaro Prieto evoca en este libro.

Don Marcelo era el más sutil y el más desengañado de los jueces. En esto, sin duda, consistía su «mal criterio».

Las gentes de buen criterio son suspicaces, pesimistas e inflexibles. Así, al menos, opinan don Roque Guezalaga y sus innumerables semejantes.

17 de octubre de 1916.

## EL PODER DE LA MENTIRA ESTUDIADO EN «EL SOCIO» (\*)

Tres peculiaridades caracterizan esta novela. Consiste la primera en que, con *El Socio*, se inaugura felizmente la recién formada *Sociedad Chilena de Ediciones*; la segunda, en que el propio autor ha contribuido con viñetas originales y bellas al adorno de su obra (1), y la tercera, en que *El Socio* es original por los cuatro costados, peculiaridad, ésta, que podemos y aun

(\*) Por Jenaro Prieto.

(1) Justo es señalar las no menos bellas ilustraciones del señor Meléndez en la portadilla.

debemos celebrar por su excesiva rareza en nuestro pequeño mundo literario y aun en todos los mundos

Mi querido amigo y colega Tartarín, al hablar de *El Socio*, ha recordado al *Putois* de Anatole France; pero, aunque Putois sea tan imaginario como el Socio, su evolución me parece muy diversa. Nacen ambos de una mentira dada por disculpa; pero mientras Putois crece en el cerebro del vecindario sin ayuda del inventor, el Socio crece, primero, en la imaginación de Julián Pardo, su creador, y se adueña de ella antes de conquistar al público. Este, una vez engañado, consume el engaño de Pardo, haciéndolo creer en la realidad del Socio.

La única analogía fundamental, aunque lejana que yo le conozco, es la que hay entre Pardo y cierto campesino provenzal, protagonista del *Cuento de la Sardina*.

Regresando de Marsella y caminando hacia su pueblecito, aquel hombre pensaba: «¿Qué mentira voy a contarles a mis paisanos? Al primero con quien tropezó contóle que en Marsella estaba sucediendo algo colosal: una sardina gigantesca, más grande que un acorazado, se había atravesado en la boca del puerto y tenía embotellados innumerables navíos. No se hablaba de otra cosa... ¡Ah! ¡Esa sardina! ¡Es de verla!» Este cuento, nuestro hombre lo contó a una docena de amigos y comadres. En sus adentros reíase de la candidez de sus paisanos... Ya en la tardecita toda la parroquia estaba informada. El mentiroso, sin pensar más en su cuento fue después del almuerzo a cavar en su viña que estaba a la vera del camino real y luego advirtió que mucha gente endomingada iba hacia el puerto, sorprendióse y, para salir de curiosidad, preguntó: «¿Qué hay de nuevo en Marsella, que tanta gente va caminando hacia allá?» Todos le contestaron: «Vamos a ver la gran sardina que tapa la boca del puerto». Al principio nuestro mentiroso se rió; pero, poco a poco, a fuerza de oír el mismo cuento, empezó a dudar... Y luego, viendo que la gente caminaba más numerosa y más a prisa, pensó: «¿Y si fuere cierto?...» Al cuarto de hora ex-

clamó: «Van tantos y tantos que debe de ser cierto... Es evidentemente cierto». Y fuese a casa a endomingarse como sus convecinos... A poco de ahí, él también caminaba velozmente hacia Marsella para ver «aquella famosa sardina que tapaba la boca del puerto...».

Ese cuento —muy conocido, ciertamente, pero cuya narración debe perdonárseme por inevitable en este caso—, ese cuento es, puede decirse, la esquematización del «Triunfo de la Mentira».

\* \* \*

Imitando a los filósofos (mejor llamémosles «filosofastros») del siglo XVIII, compendiamos toda esta materia en una breve frase: «Mentid, mentid, que siempre terminaréis por creer en vuestra mentira».

La humanidad es así: un político de la antigüedad decía de ella: *Vult decipi, decipiatur*. (¿Quiere ser engañada? ¡Pues, engáñesela de una vez!).

Julián Pardo lo experimentó en carne propia. Para librarse de prestar un servicio que se le pedía, Julián, corredor de propiedades tronado y en punto de quiebra, objetó que «su socio se oponía». No tenía tal socio... Pero una vez lanzada a rodar, la mentira hizo como la bola de nieve: creció por momentos. Luego Pardo hubo de darle a aquel socio mítico una nacionalidad, un nombre y una dirección. Hízolo, pues, ciudadano británico, llámolo Walter R. Davis y lo situó, por de pronto, en la altiplanicie boliviana, donde, a lomo de mula, estaba caminando hacia Oruro y La Paz. Y se reía Pardo calladamente del candor de sus contemporáneos que, sin más, admitieron la existencia de Walter R. Davis...

Pero tócale la desgracia de heredar de un tío suyo unos 15.000 pesos. Con las dos terceras partes de ese dinero empieza a jugar en la Bolsa por cuenta de su «socio»... Y, casualidad verdaderamente milagrosa, Pardo, que hasta ahora no ha hecho

sino malos negocios, gana dinero a montones. Cuando ya, merced al alza de las acciones compradas por él, puede disponer de unos 30.000 pesos, quiere retirarlos para pagar deudas y vestir a su mujer e hijo; pero su «corredor» le exige un poder de su socio Mr. Davis. Pardo va a Valparaíso disfrazado de Davis, y, sin mayor dificultad, consigue que un notario lo admita a otorgar poder amplio a... Julián Pardo.

El acto de firmar por Walter R. Davis viene a ser como una especie de infernal sacramento. Obrando *ex opere operato*, la firma confiere existencia real y efectiva; pero con una realidad de pesadilla, a *Mister Davis*...

Ya todo el mundo cree en él... Nadie, naturalmente, lo ha visto; pero todos saben quién es, envidian su clarividencia financiera y compran o venden en la Bolsa lo que compra o vende Mr. Davis...

Julián Pardo, su inventor, empieza a creer en su existencia; ¿Acaso Davis no le impide gozar del dinero ganado por Pardo?

«Pienso: luego existo», decía Descartes: «me priva Davis de mi dinero —decía Pardo—, luego, Davis existe...»

Y Pardo, por primera providencia, aborreció a Davis. Luego después hízole perder dinero a sabiendas, con toda intención de perjudicarlo... Ese Davis era verdaderamente «encombrant». Se metía hasta en los amores ilícitos de Pardo. La «amiga» de éste quería a todo trance conocerlo... Pardo llegó a contarle a aquella señora su secreto, el secreto de la inexistencia de Davis. En balde... A cada momento Davis existe con mayor realidad y más intenso vigor. Sucede, por fin, lo inevitable: Pardo cree ver a Davis, le dispara un balazo y, arruinado en la Bolsa, se mata... Nadie hasta entonces ha querido creer en la inexistencia de Davis. Por el contrario, todos dan por averiguado que él fue quien mató a Pardo... Desde el día en que los médicos legista declararon que se trataba de un asesinato, no de un suicidio, la policía busca a Davis... Davis existe... *for ever!*

\* \* \*

Ahí tenemos, minuciosamente analizada y comprobada la aptitud humana para mentir. Y no solamente la aptitud activa, sino también (si tal puede decirse) la pasiva. Porque, en efecto, a un Julián Pardo que miente creando o, mejor inventando a Walter R. Davis, corresponden pronto los especuladores de la Bolsa creyendo en la existencia de Davis y, milagro supremo, la fe de éstos contagia al propio inventor de la mentira. Ante una hazaña tan perfecta, no cabe sino recordar la frase del Salmo: «Un abismo llama a otro abismo». Un abismo de mentira llama a un abismo de credulidad. . .

Lo que en su libro el autor de *El Socio* pinta con tanta frescura e ironía es, sencillamente, una imagen simbólica de la vida humana, la cual ha sido siempre (y es cada vez más) hecha a base de mentira. *Qui trompe-t-on ici?* pregunta un héroe de Víctor Hugo: igual pregunta puede cada uno de nosotros hacer a cada paso, sin temor de ofender a la Verdad. Ella, por otra parte, nos sale de fiadora. En el Salmo 115 dice:

*Yo creía, puesto que hablaba;  
fui afligido en gran manera.  
Dije en mi alarma:  
Todo hombre es mentiroso.*

En suma, todo hombre tiene su «socio»; pero si se descuida, llega el día en que el socio lo tiraniza, arruina y mata. Este es un tema que debiera estudiarse a la luz del Freudismo. . .

Mientras leía yo alegremente el libro de don Jenaro Prieto, el nombre de Pirandello flotaba en mi memoria. Asociación de ideas perfectamente natural y lógica.

He ahí un nombre —pensaba yo—, que debiera infundirle

al autor de *El Socio* la ambición de convertir en comedia su novela «pirandellesca».

En *El Socio* la comedia está casi hecha. El ambiente de la Bolsa, el lanzamiento de las «Auríferas», la crisis de la «Adiós, mi plata», Goldenberg y su mujer, el gerente del Banco con su señora y el «tertius gaudens», la comparsa de Goldenberg... ¡qué campo para Julián Pardo y el mítico Davis! Y por entre las escenas cómicas veríamos deslizarse callada y llorosa la pobre mujer de Julián... Presenciaríamos la muerte del hijito de éste, muerte que su miserable padre añadiría, oportunamente, al debe de su cuenta. Habría para reír y también para llorar, como en la vida...

Estoy convencido de que, por la naturaleza misma de su talento literario y de su estilo, don Jenaro Prieto debiera trabajar para la escena. Ahí está el porvenir de *El Socio* y de su autor.

2 de septiembre de 1928.

NACIONAL  
ICANA